

Venerable Granada, bastará, no digo yo para usar como quiera de misericordia, sino para andar los hombres buscando y sacando los pobres debajo de la tierra para usar con ellos de misericordia, por no carecer de una ocasión de tan grande bien»¹.

¹ Tratado tercero. De la limosna y misericordia. Introducción.



DISCURSO VEINTITRÉS

IRREVERENCIA EN LOS TEMPLOS

Et cum fecisset quasi flagellum de funiculis, omnes eiecit de templo, etc.

Y haciendo un azote de ciertos cordeles, á todos los echó del templo.

(JOAN., II, 15.)

EXORDIO

POR INIRINDA-
ción oratoria.

DELITO atroz y desacato muy grande debe de ser, cuando el rey ó príncipe en persona determina hacer justicia por sí mismo y castigarlo con sus propias manos. Lanzó Dios, como es sabido, á nuestros primeros padres del paraíso terrenal, donde los había colocado; mas para ello se valió de un ángel, como de ministro é inmediato ejecutor de la fatal sentencia, el cual los arrojó de allí, no sin vergüenza y dolor de los nobles desterrados¹. Lanzó á los Cananeos de sus tierras y provincias, mas sirvióse para ello de enjambres de mosquitos. Echó á los Amorreos de su amada patria, pero valióse de falanges de vilísimos insectos. Y en ningún lugar de las santas Escrituras se lee que Dios nuestro Señor, ni antes ni después de su encarnación, viniese á azotar por su misma mano á los delincuentes, sino cuando vió desacatado su santo templo. Por mano de un ángel hirió á los Egipcios y á todos sus primogénitos; por mano de un ángel desbarató y pasó á cuchillo el ejército de los Asirios; el mismo Herodes, que ambicionaba honores debidos á solo Dios, fué de Dios herido, pero por mano de un ángel. So-

Excita la atención;

por la novedad de la protesta: Dios no castiga por su propia mano;

inducción bíblica

y conculación.

¹ Abul. et Alap. in c. 3. Gen.

lamente cuando se trata de castigar á los profanadores de los templos y lugares sagrados, veo á Jesucristo, dechado de mansedumbre y benignidad, de modestia y sufrimiento, empuñar el azote con grande severidad é indignación. ¡Oh qué pecado tan enorme! ¡qué intolerable desvergüenza! ¡qué monstruosidad y malicia debe de traer consigo esta falta de respeto!

y prosopopeya

de la ciudad N:

semillas de los afectos.

Granjease la benevolencia, por corrección

y personificación insigne.

Constitución de la causa:

propiedad y

fin de todo el razonamiento.

¿Qué será de ti, ¡oh ciudad mía muy amada!, si así castiga su Majestad los desacatos de sus templos? ¿Serás por ventura compañera de la ingrata Jerusalén en el castigo? No, si con Jerusalén no eres cómplice de tamaño delito. Pero ¿cómo, dime, son respetadas tus iglesias? ¿Son acaso, como desgraciadamente en muchas partes, asilo y lugar diputado á la parlería, á la distracción y quizás á la licencia? No puedo creerlo; antes bien, por cuanto he visto aquí, ya que de tus costumbres, fuera de este sitio, poco ó nada sé, me ha edificado siempre tu devoción y compostura. Aquí compareces en los ojos recogida, en los trajes modesta, en el porte exterior y atención á la palabra divina modelo de cristiandad y religión: por manera que, si en todas partes es igual tu piedad y reverencia (y ¿por qué no he de creerlo de tu acendrado catolicismo?), no habla contigo el espantoso ejemplo y amenaza terrible de nuestro adorable Redentor en este día, á saber, de ir él mismo en persona á derramar el torrente de su indignación en los ímpios despreciadores del culto y santidad de sus iglesias.

Pero, comoquiera que no hay virtud en este mundo tan alta y encumbrada que no pueda vacilar y aun despeñarse, á fin más principalmente de prevenir el mal posible y viniendo que de remediar el presente, quiero demostraros, amados hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, **la injuria grande que contra Dios cometen aquellos malos cristianos que, muy lejos de vuestro ejemplar comportamiento, profanan las iglesias al venir á ellas, y ofenden á su divina Majestad en vez de reverenciarle; para que por una parte os animéis á seguir vuestras loables costumbres, y veáis por otra con cuánta justicia castigó el Señor por sí mismo y con tanta severidad á los que tan osada é irrespetuosamente le ultrajaban.**

PARTE PRIMERA

II

Arg. De los adjuntos de lugar: (argumentación a minori).

Y, en verdad, decidme, mis amados oyentes: ¿cómo no se ha de enojar Dios nuestro Señor con grande extremo, viendo que ni siquiera en los templos le damos las muestras de reverencia con que debiéramos honrarle en todas partes? Porque no debéis creer que solamente en las iglesias mora y tiene asiento la majestad de Dios. No, católicos: *Plena est omnis terra gloria ejus*¹: llena está toda la tierra de su gloria. Así está en el campo como en las ciudades, en las plazas públicas como en el rincón de vuestras viviendas; todo lo hinchó su inmensidad, y lo alto y lo bajo, lo sagrado y lo profano, los lugares nobles y los viles y despreciables, todo lo llena nuestro gran Dios. Por donde sabidamente se burló Heráclito de ciertos personajes harto presuntuosos, que se desdeñaban de entrar en su choza ó cabanuela, diciéndoles con donaire: Entrad, no tengáis miedo, que también están aquí los dioses inmortales².

1.ª prop. En todas partes fuera justo reverenciar á Dios. Luego mucho más en los templos.

Autecedente, por enumeración, anátesis

y autoridad.

Mas, aunque esto sea así, no quiso Dios obligarnos á reconocer su divina presencia de igual modo y con el mismo acatamiento en todo el mundo; porque fuera esta obligación, si no imposible de guardar, á lo menos muy pesada, vista la muchedumbre de negocios, variedad de quehaceres, distracción y derramamiento del espíritu, á que está sujeta la vida y sociedad humana. Basta que en todo lugar nos abstengamos de ofenderle, sin que sea preciso que en todo lugar nos desvelemos en honrarle con particulares obsequios, como hacía aquel piadosísimo rey que, dondequiera que estuviese, despertaba su corazón á bendecir á Dios con aquellas palabras: *Benedic, anima mea, Domino in omni loco*

2.ª prop. Mas Dios no lo exige por congruencia ó consecuencia;

por autoridad á contrario.

¹ Is., vi, 3.

² Ingressi fidentes eos jussit, nam et hic quoque, inquit, Dii habitant immortales. Arist. de part. an., l. 1, c. 5.

dominationis ejus. ¹ ¡Alaba, oh alma mía á tu Señor, en toda la redondez de sus dominios!

Advertid, empero, que si no demanda estos tributos positivos de alabanza y veneración en todo lugar, los demanda y exige en algunos. ¿En dónde? En los sagrados templos, en los cuales siempre ha protestado que moraba su divina Majestad como en su propia casa: *Elegi locum istum mihi in domum.* ² Escogí este lugar para mi casa; no porque en los demás no esté por esencia, por presencia y por potencia; sino por el reconocimiento especial que en ellos pide de la humana criatura. Y en razón de esto, ¿qué no hizo y dispuso nuestro Dios? Determinó primeramente que estos sitios, donde mora como en su palacio, fuesen lo más soberbio, magnífico y suntuoso de la tierra, para que nosotros, tan groseros y terrenos, maravillados de su exterior magnificencia, nos levántásemos á colegir de la majestad de la morada la infinita de su excelso morador, y fuese así más fácil acartarle y reverenciarle. Tras esto, para convidarnos más y que vengamos con frecuencia, ha declarado que aquí oye nuestras plegarias con mayor complacencia, y las despacha con mayor liberalidad, y derrama desde aquí más copiosamente las riquezas de su gracia. Llama á sus templos lugar de paz y propiciación, y ha querido que gocen por humanas leyes de fueros y privilegios especiales, de inmunidad, de exención, de asilo ó refugio, de seguridad y otras mercedes y prerrogativas, para mayor veneración y acrecentamiento de su gloria: Yo glorificaré, dice por Isaías, la casa de mi majestad: *Domum majestatis meae glorificabo* ³. Cuanto acabo de decir es cosa muy averiguada, y en ello concuerdan los doctores, los cuales, mayormente Santo Tomás, demuestran su razón y conveniencia ⁴.

Esto presupuesto, filosofemos, cristianos, en la siguiente forma: Si de tantos lugares como hinche con su inmensidad, sólo ha reservado Dios algunos pocos para su culto, y todo lo restante de la tierra ha dejado para servicio nuestro, ¿no es gran descomedimiento y grosería no quererle ni

³ prop. Pero si en las iglesias: porque son su morada;

por su magnificencia;

por sus privilegios espirituales

y temporales.

Consecuencia y argumentación.

¹ Ps. cii, 22.—² 2 Par., vii, 12.

³ Is., lx, 7.—⁴ 2-2, q. 81, a. 7, et q. 84, a. 5.

aun en éstos respetar? ¡Cuánto espacio y dilatada redondez permite á nuestros usos, ya para negociar, ya para hablar y platicar de nuestras cosas, ya para reir y holgar y entretenernos honestamente á la medida de nuestro gusto! ¿Por qué, pues, no perdonaremos los templos del Señor? Esto inflamaba el pecho del Apóstol, y le hacía clamar contra los corintios: *Nunquid domos non habetis? aut ecclesiam Dei contemnitis?* ¹ ¿Por ventura no tenéis vuestras casas, que venís á deshonrar la iglesia y casa de Dios? Como si en persona de ellos nos dijese á todos nosotros.—¡Oh mal acortumbrados cristianos!, ¿qué osadía es la vuestra? Si queréis holganza y pasatiempo, ¿no hay teatros? Si queréis hablar de noticias y sucesos, ¿no hay casinos y tertulias? Si queréis ajustar negocios y contratos, ¿no hay lonjas? Si queréis distraeros con la vista de mucha gente, ¿no hay plazas y paseos? ¿Qué más? Si queréis satisfacer vuestra liviandad, ¿no hay otros sitios de ruin fama? *Numquid domos non habetis? aut ecclesiam Dei contemnitis?* Ciertamente, esto es señal de corazones ingratos, desconocidos, descorteses, dice el Apóstol, pues no contentos con lo restante de la tierra que os ha otorgado Dios para vuestra utilidad y divertimento, os alzáis con el uso de esto poquito que para honra de su nombre ha reservado.

Avanzación vehementemente de santa ira,

por apóstrofo á grado.

y sublección oratoria.

Conclusión y epílogo.

III

Imposible es que el sentimiento de esta injuria no crezca en el pecho de Dios, pero muy mucho, al verse pospuesto al mismo demonio en la veneración y estima de los hombres. Escuchadme. Sabemos por las santas Escrituras que es Dios celosísimo, esto es, que se resiente muy fácil y amargamente, si alguna criatura pretende usurpar su gloria y entronizarse en la alteza de su majestad. *Deus aculator Dominus*, Dios celosísimo es el Señor, dícese en el Deuteronomio; Dios celosísimo llámasele en el libro de Josué; Dios celosísimo, tal es el sobrenombre que le da Nahum ².

Arg. 2.ª Por comparación. Dios es pospuesto á los demonios. Luego fuerza es que se enoje grandemente.

Consecuencia; porque Dios es celosísimo de su honor;

¹ 1 Cor., xi, 22.—² Deut., vi, 15, Josué, xxiv, 19, Nahum, x, 1-2.

conclusión por
contrast.

Antecedente por
tácita prosopo-
ya é inducción.

Reverencia á los
ídolos en Roma,

entre los germa-
nos,

entre los sarracenos,

entre los griegos.

Consecuencia y
afectos de indignación y rubor,

Ahora bien, ¿qué ha de sentir su celosísimo Corazón, cuando coteje los obsequios y reverencia con que muchos gentiles adoraban al demonio engañador, y la poca con que muchos cristianos le adoran á él, Dios único y verdadero?

Recuerda su divina Majestad (si así puede decirse de aquel Señor, para quien nada pasó y todo está presente, cuyo entendimiento infinito abarca de una ojeada las generaciones de los siglos, según la bellísima expresión del Eclesiástico: *Conspector est saeculorum*¹), recuerda, digo, su divina Majestad la profunda sumisión con que los adoradores del demonio estaban en sus templos. Registradas están, para perpetua memoria y confusión nuestra, las palabras de un filósofo. Entramos, dice Séneca, en los templos con grande compostura; habiendo de llegarnos al sacrificio, derribamos nuestras frentes hasta el suelo, ceñimos la toga y nos presentamos con todas las muestras de recogimiento y veneración: *Intramus templa compositi, ad sacrificium accedunt, vultum submittimus, togam adducimus, in omne argumentum modestiae fingimur*². ¿Y no contemplaba nuestro Señor á los germanos, que nunca penetraban en los bosques consagrados á sus falsas divinidades sino cargados de cadenas, ó ceñidos con fuertes nudos y cordeles, para testificar con esto sus obligaciones ó la servidumbre que les profesaban? Pues así lo refiere Tácito. ¿No veía á los antiguos sarracenos, que jamás pisaban el suelo de sus mezquitas sino descalzos ó las piernas desnudas, para denotar la limpieza extremada ó la suma humillación con que adoraban á su mentida deidad? Pues así lo afirma Lira. ¿No veía á los primitivos griegos, que mientras estaban presentes á los sacrificios de sus dioses nadie osaba ni escupir, ni toser, ni limpiarse las narices, por no distraer la atención universal y el silencio escrupuloso con que se practicaba aquella superstición? Pues así lo trae Ariano.

Y si Dios veía todo esto, como verdaderamente lo veía, y coteja luego este culto y respeto con el nuestro, ¿qué celos, qué indignación, qué saña no concebirá, católicos, si es aquel Dios celosísimo, de que tanto se precia en las san-

¹ Eccl., xxxvi, 19.—² Seneca, Natur. Quaest., l. vi, c. 30.

tas Escrituras? ¿No ha de tener por grave desacato, dice por autoridad San Ambrosio, que los sacramentos y tremendas ceremonias se hagan entre el bullicio y confusas voces de los cristianos, viendo á los gentiles adorar á sus ídolos con gran silencio y reverencia? *Circumsonare sacramenta confusis vocibus, cum gentiles idolis suis reverentiam tacendo detulerint*?¹ Harta vergüenza y sentimiento es que tenga Dios que envidiar á las divinidades gentílicas, á las cuales los paganos, sus necios adoradores, guardaban más respeto cuando se degollaban toros ó carneros, que no ahora cuando se sacrifica su unigénito Hijo, Jesucristo nuestro Señor.

IV

Arg. 3.^a
De los consi-
guientes.

Y considerad, mis amados oyentes, que no nos compele nuestro Dios á reverencias y demostraciones tan rigurosas como algunos de aquellos desventurados practicaban en sus templos. No manda ni permite que nos arranquemos la lengua de las fauces, ni los ojos de la cara, como hacen en la Meca los ilusos mahometanos. Mas ¿cómo no nos avergonzamos de hablar nosotros y levantar la voz delante de su divino acatamiento? ¿Cómo nos atrevemos á derramar los ojos con tanta libertad, y plegue á Dios que no sea con harta desenvoltura? ¿Qué gran cosa y riguroso mandamiento que nos prohíba en este sitio aquellas señas y saludos, aquellas risas y donaires, que por ventura en otro cualquier lugar serían reprensibles? Y si aun esta mortificación y ligera obediencia no puede conseguir de sus cristianos, ¿qué podrá esperar de ellos en otros sitios de menos recogimiento y devoción? ¿Reverenciarán la majestad de Dios en las plazas y corrillos los que tan poco la reverencian dentro del santuario?

Transición y con-
firmación del an-
terior:

(argumentación a
majori y afectos
de vergüenza)

Quien peca en
las iglesias, más
pecará fuera. Lue-
go Dios se enojará
pesadamente.

Antec. En el tem-
plo todo convida
á piedad:

Aquí, á lo menos, se les entran por los ojos muchos ejemplares de piedad, de compunción, de humildad y penitencia. Quién llora los pecados, quién los confiesa; unos administran los sacramentos, otros los reciben; aquí oyen la santa

¹ L. 3 de vel. virgin.

por hipotiposis
distributiva.

Conclusión por
autoridad alegó-
rica.

Confirmase por
comparación
de adjuntos.

y viva contrapo-
sición.

Conclusión final
y ampliación.

misa, allí cantan los oficios; quiénes rezan el santo rosario, quiénes dan limosna; éstos hiérense los pechos, aquellos besan humildemente la tierra. Pues ¿qué juicio formaremos del que nada se conmueve á la vista de tales ejemplos, sino que mientras otros lloran, él ríe; mientras otros hacen oración, él hace ofensas contra Dios? Si dentro de la iglesia nos mancillamos con tantas culpas (quiere argumentar con las palabras del Crisóstomo), ¿qué esperanza hay de ser mejores en salido que habiéremos de la casa de Dios? Si tantos y tan recios embates padecemos en el puerto, ¿qué ímpetu de olas dará contra nosotros, engolfados en aquel piélago de males, en el foro, digo en los negocios mundanos, en los cuidados de la casa y familia? ¹ Quien no sabe recogerse á orar un poco con devoción, ni aun en el templo, donde tantos le convidan con su fervor y compostura, ¿qué hará en su casa, donde tantos le distraen? ¿Procurará recogimiento interior entre el bullicio de la gente quien en la misma iglesia no lo procura? ¿Abstendráse de murmurar en los corrillos y tertulias quien á los ojos de la soberana Majestad no se refrena? ¿Evitará las acciones y palabras livianas quien en el templo no las evita? ¿Con qué modestia y gravedad se asentará en la mesa ó en el lugar de las representaciones quien oye las palabras de Dios con tanta descompostura? Si no se corre de ser atrevido y descarado, donde el descaro y el atrevimiento se reprenden, ¿qué hará donde son alabados? Si piensa en hacer pecados, donde ve que se confiesan otros y arrepienten de ellos, ¿qué hará donde oiga que se jactan de cometerlos? En una palabra, si osa ofender á Dios donde otros le honran, ¿qué hará donde los demás le ofenden?

¡Ah cristianos! Concluyamos, pues, que el que desacata á Dios en su mismo templo demuestra claramente que no le reverenciará mucho fuera de él, ni respetará su nombre, ni adorará la majestad de su presencia. La fe le dice que

¹ Si in ecclesia constituti tantorum efficiuntur malorum rei, quales tandem nos futuros putamus cum hinc fuerimus egressi? Tantos fluctus patimur in portu, quid ergo cum exierimus in pelagus illud malorum, forum, dico, et urbana negotia et domesticas curas?

mora el Señor en su santo templo: *Dominus in templo sancto suo* ¹. ¿Porqué no guarda lo que el Profeta añade, á saber, que ante su acatamiento la tierra toda ha de enmudecer: *Sileat a facie ejus omnis terra*? La fe le dice que Dios está aquí como asentado en su trono real y el cetro del mundo en su omnipotente mano; ¿por qué no le venera y rinde vayer, sallaje? La fe le dice que Dios tiene aquí su residencia y juez, tribunal; ¿por qué á lo menos no le teme como á soberano juez, que puede, dejando aparte el cetro, desenvainar la espada de su justicia? ¿Cómo no ha de aborrecer su divina Majestad á los cristianos que tan poco le honran en sus templos, antes allí mismo, con increíble descomedimiento, le injurian? Y si allí los aborrece, ¿adónde irán á pedirle mercedes? ¿adónde que los perdone misericordiosamente y libre de los castigos merecidos?

por subyección
congruente ascen-
dente, Señor,

Transición per-
fusa apasionada

V

Arg. 4.º
De la causa final
de los templos.

Dios no los quiere
para su provecho,

por enumeración

y autoridad:

Porque, si bien lo consideramos, mis amados oyentes, Dios ha querido templos en la tierra, no tanto para su gloria, como principalmente para nuestro provecho y utilidad. En nada, cierto, se acrecienta la grandeza de su Majestad con aquellas moles de mármol ó de bien labrada sillería, con aquellas cúpulas de oro resplandecientes, con aquellos altares de plata, con aquellos ricos candelabros, que deslumbran los ojos con sus raudales de luz; ni fuera menos bienaventurado sin templos, sin culto, sin altares, de lo que eternamente lo fué sin mundo y sin adoradores. Dios, Hacedor de todo lo criado, así decía el Apóstol á los Atenienses, no habita en templos hechos de mano, ni es más glorificado y engrandecido por las obras de los hombres, porque de nadie tiene necesidad: *Deus qui fecit omnia, non in manu factis templis habitat, nec manibus humanis colitur, indigens aliquo* ².

Su intento y voluntad ha sido principalmente tener en la tierra algún lugar de propiciación donde, fijando sus ojos

la sino para nuestro
bien; por razón,

¹ Habac., II, 20.—² Act., XVII, 24-25.

de misericordia, se moviese á piedad de los míseros mortales. Porque, como viese las ofensas que en casi todas partes recibía, quiso su infinita bondad tener ocasión de aplacarse y enternecerse y suspender los castigos que merecíamos, con volver los ojos á los templos; según lo significó á Salomón en la fábrica de aquella maravilla del mundo: Mis ojos siempre estarán abiertos, díjole el Señor, y los oídos atentos á la oración de los que aquí rogaren; yo les perdonaré propicio sus pecados: *Oculi mei erunt aperti, et aures meae erectae ad orationem ejus, qui in loco isto oraverit; et propitius ero peccatis eorum* ¹. Pues si, mirando Dios á las iglesias, en lugar de ocasiones de aplacarse encuentra motivos de ofenderse, ¿dónde esperaremos piedad? ¿adónde mirarán sus ojos para amansar su ira y suspender el tremendo azote?

Conclusión eficaz. Luego si aquí también le ofendemos, ¿dónde hallaremos piedad?

Amplificación. Ilustre, por comunicación y distribución de lugares públicos

y particulares, dentro de la ciudad.

Reflexionad, oyentes míos, y responded á la pregunta. ¿A qué otra parte mirarán sus ojos? ¿Por ventura á las calles donde reina el bullicio y la licencia? ¿ó las plazas y mercados donde son tantos los embustes y trapacerías? Si miran sus ojos las casas y palacios de los ricos, ¿no ven en el umbral de ellos desamparados á los mendigos, para mantener más troncos en las caballerizas? En los talleres y obradores de los artesanos y menestrales ¿no ven albergadas las mentiras y los fraudes, en las chozas de los pobres la envidia y la impaciencia, en las cabañas de los aldeanos la grosería y rapacidad? ¿Volverá sus ojos á las audiencias y tribunales? ¡Oh, y cuánta mala fe verá en las acusaciones! ¡cuánta falsedad en los procesos! ¡cuántos engaños en las defensas! ¡cuánta saña y encubierto rencor en las sentencias! Verá prolongarse los pleitos á propósito para agotar el dinero al pleiteante, desoído el que no tiene, bien acogido el que lo trae, favorecido quien da esperanzas, servido y adulado quien se hace temer y respetar. Si fija su mirada en los comercios y casas de contratación, ¡qué enormes injusticias! si en los bancos donde se ponen intereses, ó en los cambios donde se permuta la moneda, ¡qué usuras tan manifestas! si en las aduanas y almotacenazgos, ¡qué

¹ 2 Paral., vii, 15.

extorsiones tan vergonzosas! No pueden mirar sus limpios y penetrantes ojos las cortes y palacios de los grandes, sin que vean en el lugar más público el juego y la ociosidad en compañía de criados y lacayos; en los salones y antecámaras, la calumnia y la maledicencia pasear con los cortesanos; en las estancias más interiores, retiradas y secretas, asentado el fausto y la presunción cabe la silla del magnate. Aquí verán envidia en los pechos, fingimientos en los semblantes, dulcedumbre en las palabras, veneno en los deseos del corazón; aquí vilipendiada la sencillez y celebrada la astucia; aquí perseguida la inocencia y temida la arrogancia y la maldad; aquí sublimado el favor y deprimido el verdadero mérito.

¿Ay de nosotros si mira nuestros teatros, donde los conceptos son tan obscenos como las representaciones indecentes! ¿Ay de nosotros, si vuelve la vista á nuestras granjas y alquerías, donde tan frecuentes son la destemplanza y glotonería! ¿Y si mira el mar? Verá el robo navegar en barcos y velas. ¿Y si mira los montes y espesuras? Verá ocultarse en sus horrores multitud de bandoleros y asesinos. ¿Y si mira los campos y praderas? Verá pasearse la liviandad más ó menos disfrazada por la amenidad de las florestas y verjeles. ¡Malaventurados de nosotros! A doquiera que miren los ojos del Señor, sentirá inflamársele el pecho en ira santa y escapársele los rayos de su mano justiciera. ¡Tanto ha crecido la iniquidad, que señorea ya toda la tierra! No hay verdad, no hay misericordia, no hay conocimiento de Dios en ninguna parte, podemos justamente concluir con el profeta Oseas: *Non est veritas, non est misericordia, non est scientia Dei in terra* ¹. Y ¿hasta qué punto? Dícelo el mismo profeta: de tal suerte, que la murmuración, y la mentira, y el homicidio, y el hurto y el adulterio, todo lo han inundado, como un diluvio de pecados: *Maledictum, et mendacium, et furtum, et adulterium inundaverunt* ². ¡Oh qué cieno y hediondez por doquiera! ¡cuánta inmundicia y podredumbre! Baste decir que las olas de sangre chocan entre sí, *sanguis sanguinem tetigit*, y ya los hombres no temen

(pintura de la corte por prosopopeya y repetición).

Fuera de la ciudad por exclamación, congeries, y afectos de dolor,

por incremento bíblico: las olas de sangre y el diluvio de vicios.

Conclusión amarguísima. Luego no hay lugar de misericordia en la tierra.

¹ Os., iv, 1. ² Ibid., 2.

mezclarse con los de su sangre y parentela. ¿Qué sucederá, pues, si se enoja nuestro Señor aun mirando nuestros templos? *Super quo propitiu tibi esse potero?*¹ ¿En qué otro sitio impetremos perdón y misericordia? ¿Qué otro asilo nos defenderá de la ira de Dios?

Confirmase a
consecuencias,
de los castigos
que padecemos

por compleción,

realizada por au-
toridad.

Resumen de la
argumentación,

Veis aquí, amados hermanos míos, la verdadera causa de tantos desastres que hoy arruinan miserablemente nuestras ciudades más ricas. *Ultio Domini est, ultio templi sui*², diré en alta voz con el profeta Jeremías: ¿Veis prolongarse y encruelarse las guerras? Venganza de Dios es, venganza de su santo templo. ¿Veis recrudescer los contagios y las pestilencias? Venganza de Dios es, venganza de su santo templo. ¿Veis retremblar tan á menudo nuestro suelo con espantosos terremotos? Venganza de Dios es, venganza de su santo templo, violado y profanado por los fieles. No hay que escudriñar otras causas de tantos infortunios; ésta es la principal, grita el Crisóstomo: que siendo los templos para aplacar á su divina Majestad, ni siquiera aquí nos abstengamos de ofenderle, donde debiéramos desarmar su enojo. De aquí nace que todo ande revuelto, de aquí que todo haya perecido ó menoscabádose; porque, cuando era razón aplacar á Dios, nos salimos del templo, dejándole más irritado³. ¿Y es posible que no veamos una verdad tan manifestada? Si en otros parajes no pecásemos, y por lo mismo no tuviésemos tanta necesidad de compensar al Señor en un lugar las muchas injurias que en otros cometemos, aún fuera más tolerable nuestro error; mas pecándose en otras partes tanto y tan desatadamente, que en realidad de verdad la tierra está corrompida en el acatamiento del Señor: *Corrupta est terra coram Domino*,⁴ ¿qué linaje, no digo de imprudencia, sino de locura y frenesí, no es portarse en los templos con la desenfrenada libertad que hoy se acostumbra?

¹ Jer., v, 7. —² Jer., LI, II.

³ Hinc subversa sunt omnia, hinc perierunt omnia; quoniam eo tempore, quo maxime Deus erat placandus, eo magis irritato discedimus.

⁴ Gen., VI, II.

VI

Arg. Por cor-
ro de los antiguos
cristianos.

¡Ah, hermanos míos en nuestro señor Jesucristo, cuán de otra manera solían venir al templo y aplacar á Dios nuestros padres y mayores! Sabían aquellos primitivos y fervorosos cristianos que las iglesias son principalmente para en ellas apagar con lágrimas la cólera divina, que por ventura en otras partes habían encendido con sus culpas. Y así, ¡con qué actitud tan reverente comparecían en la presencia del Señor! Venían unos vestidos de luto y cubiertos de ceniza; otros con saco y ceñidos con sogas ó cilicio. Pos-
trábanse humildes y confusos á los pies del sacerdote, ba-
ñábanlos con copiosas lágrimas, besábanlos con profunda reverencia, y no omitían ningún acto de sumisión que diese á entender, ó el dolor entrañable de sus culpas ó el ardiente deseo del perdón. Y estas demostraciones no las practica-
ban solamente la gente popular y plebeya, sino también los príncipes y reyes, mayormente cuando les dictaba su conciencia (transición) que debían reparar el agravio público con público arrepentimiento.

Narraciones sen-
cillas y ad muer-
dam.

Inducción general
por distribución e
hipótesis.

Vióse al emperador Teodosio entrar en la basílica de Milán con hábito grosero y penitente, y en tocando el sagrado umbral derribarse, no sólo de rodillas, pero con el rostro hasta la tierra, y, allí parado un buen rato, repetir con sollozos de sus entrañas: *Adhaesit pavimento anima mea, vivifica me secundum verbum tuum*¹. Mi alma pegóse con el polvo; vivifícame, según tu palabra; é hiriéndose la frente y mesándose los cabellos con gran rigor y muestras de profundo sentimiento, viósele regar con lágrimas el suelo, y durante todo el tiempo del augusto sacrificio permanecer inmóvil y encorvado entre la muchedumbre, en vez de subir al sitial entre los nobles y magnates.

Inducción parti-
cular de personas
grandes.

El emperador
Teodosio, ejem-
plar de peniten-
cia.

¿Qué diré de Ludovico I y de Enrique II, rey de Inglaterra? Vistiendo sus desnudas carnes aquél de un áspero cilicio, éste de un saco vil, entraron en la iglesia de Aquisgrán el uno, y el otro en la de Cantorbery; y permanecien-

Los reyes Luis I
y Enrique II, por
paralelo.

¹ Ps. CXVIII, 25.

do de pie en la puerta del templo Ludovico, y de rodillas, junto al altar, el rey Enrique, pedían perdón y misericordia á todos los fieles que entraban para orar; y no contento aún el piadoso Enrique, y desnudando las reales espaldas ante la presencia del pueblo, quiso recibir tres azotes de cada uno de los ochenta monjes que moraban en aquel santo monasterio.

El rey Suenón. Aun fué más señalado el ejemplo de Suenón, rey de Dinamarca. Mandó éste, con arrebatada sentencia, ajusticiar á unos vasallos suyos muy principales, porque, como es costumbre, habían murmurado y puesto tacha en su gobierno. Súpolo el santísimo obispo de Roschild, Guillermo, y sintió amargamente aquella tropelia; y, aunque quiso al principio disimular su justo enojo, no pudo luego contenerse más. Así que, de allí á pocos días, estando para cantar misa solemne, como viese al iracundo monarca que venía á oír la con magníficas vestiduras y lucido acompañamiento, turbóse á tal vista y, saliéndole al encuentro, le detuvo con su báculo y le dijo:—¿Con qué pecho y disposición vienes, rey homicida, al templo del Señor? Si estás obstinado, no es éste lugar para pecadores contumaces; si arrepentido, no es éste traje y actitud de penitente. Y así, comoquiera que vengas, apártate, que no eres digno de tan santo lugar.—

3.ª parte; la humildad del príncipe. A esta no pensada intimación, ¿qué os figuráis que hizo el monarca? Ni una palabra dijo de indignación, ni de queja, ni de desatenta; pero, inclinando sólo la cabeza, tornóse á palacio. Desnudóse sus regias vestiduras, y volviendo en traje vil y despreciable, los pies descalzos y la cabeza descubierta, hincóse de rodillas en el pórtico del templo. El obispo, en tanto, que había subido al altar y llegaba de la misa al terminar de los Kyries, avisado de la vuelta del monarca, hizo suspender el canto y adelantóse á la puerta, donde, con devotísimas lágrimas, pidióle el Rey perdón de su pecado. Enternecióse el santo obispo á tal vista y á tales voces y gemidos, y, abrazando al regio penitente, hízole trocar aquel vestido por otro menos ruin, y, precediéndole á su mano derecha, introdujóle en el templo. Subido el Rey en lugar alto, mandó por su pregonero que hiciesen silencio, y él en seguida confesó en alta voz y delante del pueblo todo

Desenlace.

su delito, y engrandeció la benignidad de Guillermo en perdonárselo; y, en señal de reconocimiento á tanta merced, dió á aquella santa iglesia, no un cáliz, no una alhaja cualquiera, sino la mitad de la provincia Stéfnica.

VII

Arg. 6.ª
Segundo miembro del cotejo.

¡Oh ejemplos dignos de inmortal recordación! ¡oh libertad insigne! ¡oh espíritu de penitencia! No, católicos, lo digo con toda verdad, no exijo tanto de vosotros. Hase menoscabado la antigua piedad, se ha resfriado aquel tan crecido fervor en el pueblo cristiano; y así, no os enojéis conmigo, como si pretendiera de vosotros esas demostraciones de extraordinaria compunción. Pero no puedo contenerme que no exclame: Si no tenemos aliento para imitar la devoción extraña de tan nobles y calificados personajes al venir á la iglesia en demanda de perdón, ¿por qué, á lo menos, no procuramos suplirlo con el recogimiento de la vista, con el silencio y freno de la lengua, con la mesura y edificación de todo el continente?

Irreverencias exteriores.

Por comparación a mayoría, y afectos de vergüenza;

Permitase enhorabuena á los caballeros y militares traer por distribución, concesión, ceñida la espada, y á los gobernantes y magistrados entrar con sus cruces al pecho y los blasones de su nobleza ó dignidad, puesto que no imiten la devoción del emperador Teodosio, el cual se quitaba fuera la corona de su frente, y del cinto las militares insignias; mas ¿por qué, al menos, no hincar ambas rodillas, con adoración entera, no á medias; profunda, no desdeñosa, cual se debe al altísimo Señor? Y á las señoras, permitaseles asimismo que entren con modestos atavíos, ya que no se animen á la humildad de la augusta emperatriz Inés, la cual nunca venía al templo sino vestida de sayal y ropa de estameña; mas ¿por qué razón no han de cubrirse recatadamente espaldas y cabeza, conforme á la ordenación del Apóstol, por respeto á la muchedumbre de ángeles que aquí asisten: *propter angelos*; ahora entendamos por ángeles los que lo son en la verdad de su naturaleza, ya en su vida é inmaculado corazón, ya en la alteza y sublimidad del oficio sacerdotal? ¿Tiene excusa quien no

por distribución, concesión.

y antitesis.

condesciende con tan razonable demanda? ¿Qué puede alegar en su defensa? *Ecce iste coopertus est auro et argento, et omnis spiritus non est in visceribus ejus* ¹. Veis aquí que vienen ataviados y cubiertos de oro y plata, podemos afirmar de algunos al verlos entrar en ciertas solemnidades; veislos cubiertos de oro y plata, pero vacíos de todo espíritu, menos del espíritu de soberbia; pues en nada resplandece en ellos, ni el espíritu de piedad, ni el espíritu de prudencia cristiana, ni el espíritu de temor de Dios.

CONFIRMARSE
por insignie pro-
popeya,

y sentimientos de
maravilla y lasti-
ma.

Transición.

Irreverencias in-
teriores, ó In-
torcidas.

¿Qué dirían aquellos santísimos varones y nobilísimos personajes, de que hablamos poco ha, si por casualidad entrasen en nuestros templos y viesen á personas tanto más humildes de condición y tan vanamente ataviadas? — ¿Son éstos por ventura, exclamarían, el traje y exterior de suplicantes? ¿Así osan presentarse á aplacar á su divina Majestad, tras tantas injurias y pecados? ¿así vienen á pedir perdón? ¡Ah, ciegos y malaventurados cristianos!, ¿no veis, dirían con las palabras de San Cipriano, que no son buenos intercesores y patronos los menospreciadores del Señor, ni se llegan con ademán á propósito para inclinar su misericordia, sino para irritar su justicia? *Non sunt idonei intercessores, Domini contemptores, nec convenienter ad placandum accedunt, nec conciliant quem offendunt* ². Es imposible que los tales piensen en por qué entran en la casa de Dios, ó que los detiene en ella. Oyen la santa misa, es cierto, mas por costumbre; arrodiillanse para rezar, mas sin espíritu; lléganse á confesar, pero sin preparación ni sentimiento de penitencia. No piensan los infelices ni saben lo que hacen. — Así dirían, y acertarían en verdad, aquellos nobles y fervorosos cristianos; como quiera que tengo para mí que, cuantas culpas se cometen en el templo, provienen de ser muy pocos los que, al encaminarse ó quedarse en el templo, piensan de veras que van y están allí para aplacar á Dios.

Muchos van por curiosidad, otros por costumbre, otros por pasatiempo; pocos, muy pocos van, al menos principalmente, para pedir perdón de sus pecados. Si acuden á

los oficios, es para deleitar sus oídos con la suavidad de la música, no para levantar su espíritu con la consideración de los misterios. Si á la predicación de la palabra de Dios, es para apacentar su entendimiento con los primores de la elocuencia, no para edificar su voluntad con provechosas enseñanzas. Si á las procesiones públicas, es para dar pasto á sus ojos, derramándolos en la variedad y concurso de la gente, no para acompañar con el corazón los grandes misterios que allí se representan. Si á las fiestas y solemnidades, es para satisfacer su curiosidad con el aparato y exterior magnificencia, no para honrar la gloriosa memoria de los santos. ¿Qué maravilla, pues, que no actuándonos en el fin por que venimos principalmente á las iglesias, estemos en ellas más con espíritu de mundo que de Dios? Dije principalmente, porque no se veda que gocemos del deleite que las magnificencias de la religión traen consigo; no, católicos; mas ¿por qué no nos elevamos al cielo, sino que nos quedamos acá abajo, como si el fin de las sagradas solemnidades fuese más bien nuestro deleite y recreación que la gloria y culto del Señor?

Y ¿creeremos luego que Dios se agrada en ellas, y se complace en ellas, y como se saborea en ellas? Muy al contrario, hermanos míos muy amados; y aquí tiemblo y temo en gran manera que dentro de poco no nos diga Dios lo que á los profanadores de su antiguo culto y venerandas fiestas de la Ley: Heme aquí, que yo extenderé mi brazo, y os arrojaré en la cara el estiércol de vuestras solemnidades: *Ecce ego projiciam vobis straculum, et dispergam super vultum vestrum sterqus solemnitalium vestrarum* ¹.

¡Oh qué voz tan temerosa! ¡Oh qué palabra, oyentes míos! ¿Podríaíslo creer si Dios no lo dijera? Vosotros, dice el Señor, me celebráis fiestas, organizáis músicas, hermo-seáis el templo con todo aparato y magnificencia: quedados con ellas, no las quiero, pues me deshonráis con vuestras irreverencias, con vuestra parlaría y libertades en mi mismo acatamiento, como si estuvierais en la plaza. Yo os arrojaré en la cara el estiércol de vuestras solemnidades.

¹ Malach., II, 3.

² Hab., II, 19. — ³ De jejun. et tent. Christi.

Pruebas por enu-
meración de ejer-
cicios religio-
sos, 7

sinistras inten-
ciones:

fin principal y se-
cundario.

Amplificación
a consequentibus.

por testimonio bi-
blico: asque
Dios tales obse-
quios?

hipérbole, elo-
cuente prosopopeya

Si, tenedlo bien entendido: os arrojaré en la cara el estiércol de vuestras fiestas y solemnidades. Porque vuestras son, no mías, pues no vais á ellas por mi respeto, sino por vuestro contentamiento; no á hablar con mi Corazón, sino á desahogar el vuestro, y á hablar y á divertiros, y á tomar mi casa como sitio de pasatiempo y de placer.—Así, mis amados hermanos, con tan amargas quejas temo que nos amenace Dios, si ya no lo ha hecho con tremenda indignación.

optación.

Arg. 7.º
CONFIRMACIÓN
del ant. Fines escandalosos.

Vienen algunos
á colgar las al-
mas:

por dubitación y
aservación:

portestimonio bi-
blico:

por viva personi-
ficación de la po-
res,

VIII

Y ¡pluguiese al cielo que muchos se contentasen con ir al templo por mero solaz y curiosidad! Lo que más lastima y quebranta el corazón es que algunos van de propósito á perder sus propias almas, y, lo que es mayor atrevimiento, á perder y matar las almas de sus prójimos. ¿Cómo á matar almas? Si, cristianos, á perder y matar las almas de sus prójimos van algunas personas á los templos. Porque, ¿no vemos acaso que para los hombres desalmados y sin ley se han trocado las iglesias en otros tantos parajes muy seguros, donde poner asechanzas á la honestidad y armar lazos al pudor, y abrir ocultos resbaladeros en que se despeñe la virtud? ¡Oh desdicha de los tiempos! A punto hemos llegado, que bien podemos, sin mentira, exclamar con el Profeta: Pónense tropiezos en la casa donde es invocado el nombre del Señor, á fin de que sea profanada: *Posuerunt offendicula sua in domo, in qua invocatum est nomen Domini, ut polluerent eam* ¹. ¡Perversidad enorme! ¡desacatamiento horrible! ¡increíble malicia de los hijos de los hombres! ¡Que ni siquiera en el templo estés segura, oh pureza santa! Pues ¿dónde lo estarás, si en la casa de Dios vives con sobresalto? Tú huyes, con razón, de los balcones y ventanas, para que las miradas de curiosos y vecinos no te ofendan; huyes de las calles, para que no te mancille el encuentro y tropel de la vagabunda multitud; huyes de los teatros y saraos, para no empañar tu limpieza con la vista de

¹ Jer., vii, 30.

representaciones impúdicas ó espectáculos mundanales. ¡Desventurada! ¿De qué te aprovecha tanto recato si, venida á la iglesia, encuentras los mismos escollos que huías tan cuidadosamente, y te fuerzan, para mayor oprobio, á naufragar dentro del puerto? ¡Oh dolor, que en un pueblo católico, si no se buscan catacumbas, sea peligroso ir á misa, oír el sermón, acompañar las santas procesiones, frecuentar los divinos sacramentos! ¿Por qué no tengo hoy el cielo, como llevo el nombre, del apóstol San Pablo, para tro-
nar indignado contra tamaña disolución?

Arg. 8.º
DECLAMACIÓN
de minoría, contra
este escándalo:

por semejanza del
saqueo de Roma.

Préfastis: 1.ª
parte. Los roma-
nos en los tem-
plos.

por repetición en-
fática y antitesis.

2.ª parte. El fu-
ro barbaro; por
hipótesis de ter-
ror, incremento,

IX

Está tan arraigado en el corazón del hombre el respeto á los sagrados templos, que en los días más revueltos y calamitosos, en las invasiones de los feroces bárbaros, no tenían los cristianos asilo más seguro donde guarecerse y poner á cobro todos sus haberes. Testigo fué la ciudad de Roma cuando el iracundo Alarico vino sobre ella y, poniéndole el cuchillo godo en su vieja garganta, derramó ríos de sangre é hizo en ella estragos infinitos. Tanta veneración tuvo empero el invasor á las iglesias consagradas al culto divino, que vedó con rigurosísimo mandamiento á todas sus huestes no tocasen en ellas ni violasen su santidad. Era cosa de gran maravilla ver á los romanos, sabedores del edicto, cómo corrían á los templos en vez de encerrarse en los baluartes y fortalezas. A los templos se encaminaban, cargados los hombros con sus alhajas más preciosas; en los templos vivieron el espacio de tres mortales días que duró el saqueo; allí comían, allí dormían seguros, y allí gozaban á puertas abiertas de la inmunidad que á otros dentro de fuertes murallas se negaba. Discurrían entre tanto los enfurecidos bárbaros por la ciudad despavorida, señoreaban las colinas, asaltaban los fuertes, saqueaban codiciosamente las moradas de los cónsules y los palacios de los emperadores; no perdonaban en su vivienda al decrepito anciano, ni en la cuna al tierno niño, ni en su encerramiento á la virgen, ni en su lecho al miserable enfermo; por todas

partes derramaban asolamiento, horrores, muerte; henchían las calles y plazas de feroces aullidos, de sollozos profundos, de confusión creciente, de infernal gritaría; sólo en las iglesias gozábese, entre tanto estrépito y tumulto, de suma paz y tranquilidad. Llegaban hasta el umbral de ellas los furibundos bárbaros, y al punto retrocedían, como, en tocando las arenas de la playa, retira el mar sus embravecidas olas. Hasta aquí se encrucecía el sangriento enemigo, así lo explica con valiente pincel San Agustín; mas aquí todo su ensañamiento se enfriaba, y su ansia de robar y cautivar se quebrantaba de repente: *Hucusque cruentus saeviebat inimicus, ibi tota ferendi refrænabatur immanitas et captivandi cupiditas frangebatur* ¹. Hombres y mujeres, niños y ancianos, mancebos y vírgenes, cristianos y gentiles, todos estaban igualmente seguros, entrados en el templo; seguras sus preseas, seguras sus ropas y vestidos, seguro el oro y la plata que allí tenían, y seguros también los vasos preciosos, sagrados y profanos, conforme lo certifican unánimes San Agustín, San Jerónimo, Orosio y otros insignes escritores de aquella edad.

Siendo esto así, filosofemos, si os place, católicos, en esta forma. Si tanta es la reverencia debida á los templos del Señor, que un bárbaro tuvo remordimiento de herir ni hacer daño á los cuerpos de los allí refugiados, ¿cómo un cristiano no se avergonzará de herir en ellos y matar las almas? No tengáis la comparación por desproporcionada, pues no hay encarecimiento, ni aun llega á la verdad. Porque sin duda es un mal incomparablemente mayor perder la gracia de Dios, que no perder todos los bienes temporales, ora sean hijos, ora riquezas, ora crédito y reputación, ora la misma vida corporal y cuanto florece en el mundo, comoquiera que es mejor ser justo que no hombre, según la bella expresión de San Agustín: *Melius est esse justum, quam esse hominem*. ¿Conque un bárbaro no se atrevió en el templo á tocar á un cristiano en lo que tiene de hombre, á saber, en su cuerpo y en sus cosas, y nosotros nos atreveremos á dañarle en lo que tiene de justo, á saber, en su

3.ª parte. La ferocidad quebrantada; por similitud del mar,

autoridad y

repetición.

Apódoxis y argumentación eloquente:

pero más vale un alma, que todos los bienes temporales. Luego.

Amplificación de enojo divino,

alma y en su conciencia? ¿Intentaremos con infernal osadía y loca desvergüenza robarle la castidad, provocando su torpe codicia á feos consentimientos, y que pierda en un lance alma, gracia, paraíso y al mismo Dios? ¿Y arrastradas de este frenesí, no faltarán personas entre nosotros que vengan muy aderezadas y vistosas para enlazar más fácilmente á los incautos en las redes de sus afeites y atavíos, ó para tener más sujetos á los ya ganados? ¿Cómo no se conmueven las paredes del sagrado templo? ¿cómo no hablan las piedras al ver ultraje tan maldito? ¿cómo no hacen sentimiento los mármoles y estatuas insensibles, y no vengán tal injuria? ¿cómo los ángeles, al menos, no bajan á porfía á desagraviar con nuestra pena á su Dios y Señor?

De ángeles, dice San Pedro Damián que está invisiblemente llena la iglesia, mayormente en la hora del sacrificio, y que no pueden contener la indignación que les abrasa el pecho siempre que reparan que alguno se sienta con poco respeto, ó ríe con inmodestia, ó habla con libertad en el acatamiento de aquella infinita Majestad, ante la cual tiemblan ellos y se estremecen. Oíd sus palabras: *Quanto, putamus, adversum nos zelo moventur angeli, dum in conspectu illius nos irreverenter sedere, immo et ridere, et sermones inutiles miscere conspiciunt, cui scilicet ipsi tremantes assistant?* ¹ Pues si estas irreverencias tanto les enojan, ¿cómo se indignarán cuando vean que en la presencia del mismo Dios y eterno Señor procuramos arrastrar á otros al pecado, y convertimos sus templos en cuevas de ladrones? Mas ¿qué linaje de ladrones? De la peor ralea del mundo y verdaderamente infernal; de ladrones de almas, que roban á Jesu cristo las que rescató con su sangre preciosísima. ¿No se irritarán? ¿no arderán en santo celo? ¿no se abrasarán en deseos de venganza?

por exclamaciónes y

prosopopeya de ámbros,

apoyada en autoridad de S. Pedro Damián,

y argumento á minori;

los ladrones de almas,

Arg. 9.ª. Perlocución por irrecutiva indirecta.

X

Pluguiese á Dios que hubieras venido hoy á escuchar mis palabras, ¡oh incauta juventud, que tan desvergonzada-

¹ De civ. Dei. L. I, c. 2.

¹ Lib. I, ep. 8.

Exordio por pretensión.

Prop. «Ay de ti, juventud liviana.»

α) Dios vencido

β) Dios vencedor y vencedor.

γ) La amenaza del cielo, por afectos de imprecación,

de asombro,

de pavor.

Confirrase con ejemplos a par, en el cielo, en el paraíso,

en otras partes.

mente te presentas en los templos, con tanta ofensa de Dios y perdición de las almas! Piensa por caridad, piensa unos instantes, ¡oh desventurada!, le diría, la horrible condenación que te espera. No te forjes la ilusión de que ha de quedar sin castigo tu desalmamiento, aunque Dios parece que disimula por ahora. *Dominus quasi vir pugnator*; el Señor viene como hombre que pelea, es cierto, no lo ignoro; combate contigo á guisa de guerrero que por ventura vese feamente á los pies del vencedor; mas oíd lo que sigue: *Omnipotens nomen ejus* ¹: su nombre el Omnipotente, y como tal sabrá alcanzarte, cuando menos lo pienses; sabrá confundir tu altanería, sabrá humillar tu orgullo y enfrenar tu libertad. ¿Qué haces, pues, qué miras ó qué esperas? ¿Acaso que nuestro Señor Jesucristo venga armado de rayos, como otra vez de rigurosos azotes, y te arroje de este templo profanado por ti y desecado con tus miradas impuras, con tu sonrisa maliciosa y torpe? Sigue mi voz; escucha mi consejo, sal de aquí antes que él te arroje con indignación, y no vuelvas á entrar ni á poner los pies, si no tornares mejorada y arrepentida. ¿Tú osas pisar este sagrado pavimento? ¿tú llegarte á los altares? ¿tú mirar esas imágenes y santos, como si todos ellos no fuesen testigos de tu licencia y juvenil disolución? No estás segura, te lo advierto, en este santuario, porque ningún lugar, por sagrado que fuese, sirvió jamás de impunidad ó refugio á los mismos que lo violaron. El cielo empiere no salvó á los ángeles que prevaricaron en el cielo; el paraíso terrenal no defendió á los primeros padres que pecaron en el paraíso; y tú en la iglesia ¿esperas impunidad de los pecados que cometes en la iglesia? No fies en esperanzas mentirosas, te diré con el profeta Jeremías, ni pienses en tu corazón: Segura estoy; el templo del Señor es templo del Señor: *Nolite confidere in verbis mendacii, dicentes: Templum Domini, templum Domini est* ²; porque puede Dios, con temblores de tierra semejantes á los de Ragusa y Rimini, desplomar sobre tu cabeza la techumbre, si no sales apresuradamente. Créeme, no estás aquí segura, ni es para ti tan sagrado lu-

¹ Exod., xv, 3.—² Jer., vii, 4.

Petición y concisión amarga:

ampliación de la ira de los muertos, pues no se alzan contra mí:

incremento

Peroración disuelta por artificiosa corrección.

corrección segunda y epílogo ilustrado por

gar. Así, que deja para otros el venir en adelante á oír la divina palabra, el asistir á los oficios, el acompañar las procesiones y el concurrir á otras festividades y piadosos ejercicios; y tú, si quieres entre tanto apacentar tu liviandad y soltar la rienda á tus desenfadados apetitos, desvíate del religioso concurso, sal afuera, busca los escondrijos donde pecando lastimarás menos el corazón de Dios. Ni te maravilles que insista tanto en que no te llegues á los templos; porque si á otros grandes pecadores hubiera aconsejado lo mismo, estoy cierto que los cadáveres de tantos santos y siervos de Dios, que yacen debajo de estas losas sepulcrales, se hubieran levantado de sus tumbas y alzado su voz contra mi loco atrevimiento, pues intentaba quitarles sus devotos y adoradores. Ya que callan y no atajan mi discurso, señal es que aprueban lo que digo; señal es que no te pueden ver, que no te quieren en su casa, que te desprecian, que te odian, que te aborrecen, y con su mudo silencio protestan todos, ángeles y santos, que prefieren mil veces que no vengas á que te acerques con tan abominables pensamientos.

Así y con esta indignación hubiera querido hablar en este día, á haber venido para oírme aquella liviana juventud, de quien parece dicho por el Señor lo de Isaías: Pueblo es éste que siempre me provoca á ira en mi misma faz: *Populus, qui ad iracundiam provocat me ante faciem meam semper* ¹. Pero gran desdicha es que no vinieron; y entre tanto témome si habré faltado al respeto y consideración que os debo ¡oh católicos y piadosísimos oyentes! reprendiendo ó lastimando por ventura á los que menos lo merecen. Mas todavía no me arrepiento: ¡tanto importa que nos penetremos bien de la profunda reverencia con que todos, vilísimos gusanos, hemos de comparecer delante de la majestad altísima de Dios y en el templo de la divinidad y su casa bienaventurada, á la cual, según está escrito, se le debe no sólo respeto, no sólo honra y veneración, mas grande santidad: *Domum tuam decet sanctitudo* ². Y si en la iglesia damos asilo y seguridad completa á los que en ella se refugian, á los la-

¹ Isa., lxv, 3.—² Ps. xci, 5.

comparación a drones, á los facinerosos, á los homicidas, ¿por qué no se lo daremos á la honestidad, á la modestia, á la penitencia y compunción, sino que forzaremos á que salgan de las iglesias, como hemos conseguido que huyan de las cortes y del bullicio del mundo? Ved ahora si tuvo razón nuestro Señor de castigar con su propia mano abuso tan intolérable.

CONFIRMACIÓN.

Arg. 10. Refutación sucinta.
1.ª p. ó la dificultad

por diálogo.

3.ª p. La solución por ejemplo del Salvador y

epítomena.

Arg. 11. Confirmación primera:

SEGUNDA PARTE

XI

Paréceme que alguno de mis oyentes me replica, no sin agudeza y oportunidad:—¿Qué hacéis, Padre? ¿No veis el grave daño que con este discurso y tan agrias reprensiones os habéis acarreado? Si echáis el auditorio de la iglesia, ¿quién vendrá á oiros? Creedme; harto mejor partido es para un predicador temporizar en algo y dejar que entren y salgan como gusten.—Agradezco la atención, y admiro vuestro consejo. Pero ¿por qué no representabais eso mismo á Jesucristo, el cual, antes que yo, hizo en el templo lo que tacháis en mí? Entró en el templo nuestro adorable Salvador, si por ventura lo ignoráis, á enseñar y predicar al pueblo su celestial y maravillosa doctrina; mas, como viese la poca reverencia de algunos en aquel sagrado recinto, tomó un azote y dió con toda la gente fuera de los pórticos: *Omnes ejecit de templo* ¹. ¡Mal camino para granjear auditorio! Perdonadme, pues, si me he dejado arrastrar de este ejemplo, desusado sí, pero divino.

XII

Mas, viniendo á nuestro propósito, es constante para mí que vosotros, amadísimos hermanos míos en Jesucristo, no vais á los templos con intención dañada, y por lo mismo he

¹ Joan., II, 5.

hablado con tanta mayor libertad, cuanto que sé dónde y á quiénes me dirijo. Sin embargo de esto, si el demonio tentador pusiese en vuestro corazón pensamientos tan ruines y no conformes á la santidad de la casa del Señor, ruegos ahora para entonces que no entréis en ella, que os desvíéis de aquí, porque tan grave injuria no quedaría largo tiempo sin castigo del cielo, si no miente la palabra del Apóstol á los fieles de Corinto: *Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus* ¹. Si alguno violare el templo del Señor, Dios le castigará. Oíd lo que pasó en Crotona, noble ciudad de la Calabria, á fines del pasado siglo, y horrorizaos.

Había en ella una señora muy principal, quien, no desconociendo la rara hermosura, donaire y extraordinarias prendas, con que el Señor la había enriquecido, se desvaneció y usaba de ellas en desacato de su mismo dador, especialmente en los templos, adonde no parece que iba sino á ser mirada é idolatrada de las gentes. Repetidas veces la avisaron que se reportase, pero siempre en vano; y así, escuchad con atención el castigo de su desenvoltura y vanidad. Hallábase cierta noche en un sarao, que daba un noble de aquella ciudad, cuando le acometieron de repente tales dolores, tan insoportables y violentos, que la obligaron á gritar con horribles voces, y á retorcerse y á revolcarse como á energúmena en el suelo, en términos que se agitó la fiesta, y á la infeliz, más muerta que viva, la llevaron en brazos á casa de sus padres. Llamaron á gran prisa á los médicos, aplicáronse medicinas, agotáronse los recursos del arte, pero sin mejoría ni asomo de esperanza; y en trance tan extremo no quedó más arbitrio que enviar por algún religioso, último refugio de los mismos que en la prosperidad y cabal salud por ventura los desprecian y aun escarnecen.

Acude un religioso muy siervo de Dios y muy prudente, y, comenzando á disponer á la enferma á una buena confesión, la exhorta á detestar de veras sus pasados extravíos, sus vanos amores, su lujo y demasías, por las cuales acaso nuestro Señor le enviaba aquella tribulación y paternal avi-

¹ 1 Cor., III, 17.

y la contumacia
del réprobo;

por hipotiposis y
dialogismo:

la partida del re-
ligioso.

2.ª p. La conde-
nación por afec-
tos de ascismo y
terror:

el Santo Viático:

el infierno en la
tierra;

so. Miróle la mujer con torvos ojos, y, tomando la defensa de sus pecados y antigua vanidad, ninguna muestra dejaba entrever de arrepentimiento ni de la más ligera compunción, de manera que tuvo por necesario el sacerdote, á fin de despertarla de su mortal letargo, el declararle vivamente la gravedad de sus pecados y el desorden de su pasada vida, con que tanto había ofendido á su Criador y Señor. Estúvose un rato escuchando con paciencia la doliente; mas, trocándose de improviso en una furia, y con voz ronca y los ojos encarnizados y el semblante demudado y lívido, prorrumpió en estas arrogantes palabras: Si Dios me quiere como ahora estoy, que me lleve; si no, que me deje; y volviendo las espaldas al sacerdote, daba bramidos de coraje, pero no articuló más palabra. Horrорizóse el sacerdote al oír respuesta no menos desesperada que soberbia; y ya podéis conjeturar los artificios de que se valió para curarla de su loco frenesí. Mas viendo con gran dolor que ni los medios ásperos eran parte á conmoverla, ni los suaves á ablandarla, vióse compelido á abandonar á la infeliz, presa de su delirio, y partió de allí con el corazón lastimado.

Entre tanto, el padre de la joven, visto el largo espacio que había platicado á solas con el confesor, se persuadió que su hija había hecho una plena y perfectísima confesión, y descargado completamente su conciencia; y así pasó recado á la parroquia, donde nada se sabía, que trajesen sin demora, según costumbre, el sagrado Viático. Y he aquí que, al rayar el alba, viénese el diligente párroco con numeroso acompañamiento de gente, espantada y atónita del caso. Y, llegado á este punto, quisiera tener, mis amados oyentes, fuerza y aliento proporcionados á la terribilidad de lo que voy á contar. Porque, no bien el sacerdote comparció con el Señor Sacramentado ante el aposento de la enferma, cuando un recio y repentino viento cerró de golpe las puertas de la habitación. Corrieron los criados á abrirlas, mas retrocedieron al punto atemorizados, porque de repente oyóse dentro de la estancia ruido tan espantoso de cadenas arrastrando, de pisadas y manotadas horribles, de voces confusas y tenebrosas, que parecía un infierno. Huyó despavorida la gente, y el mismo sacerdote, tras un rato

de espera y deliberación, acordó volver á la iglesia con el Santísimo Sacramento, que apretaba fuertemente entre sus manos. Huida la gente y partido el sacerdote, luego al poco espacio cesó el estrépito de dentro y mitigóse el espanto en los de fuera, y así pudieron por fin abrir las misteriosas puertas.

Mas ¡qué espectáculo tan horroroso! Vieron la estancia como entrada á saco; la cama hecha pedazos, revuelto el cobertor, destrozado el rico pabellón, trastornada la cómoda, volcado el tocador, y rodando por el suelo trajes, anillos, redomas, collares y brazaletes. Pero lo que causaba mayor espanto era la desgraciada mujer, que desnuda yacía en medio del aposento, yerta y sin vida, mas con rostro tan desencajado y tan feroz, que bien se podía leer escrita en aquella frente su eterna condenación. Ponderad vosotros, si podéis, el quebranto del padre á la vista de su difunta hija. Suplicó y conjuró á los circunstantes que por caridad y su buen nombre no dijese nada del suceso, y así, celebradas privadamente las exequias, hizo que de noche la enterrasen en el sagrado de la iglesia.

Mas ¿creéis que la iglesia quisiese guardar en su seno el cadáver de aquella mujer, de quien tantos ultrajes había recibido? No, por ninguna manera. A la mañana siguiente, veis aquí al infortunado padre, á quien dan aviso que el cadáver de su hija está insepulto. Hízolo enterrar en diversos lugares, pero en vano; de todas partes lo arrojaba la tierra. Probó si en el campo hallaría pacífica sepultura, debajo de un montón de piedras, y también fué lanzado de allí. Después en la orilla del mar, soterrado entre la arena, y de allí también lo vomitó la tierra. Avergonzado el padre, y viendo que no podía arrojar de sí aquel misero y afrentoso cuerpo, y desesperación, se enojó é irritó tan vivamente, que exclamó despechado:— Si así es, que vengan los demonios y arrebatan hacia el infierno el cuerpo, como se llevaron el alma de mi hija.— Agradecieron el don los malignos espíritus, y apareció de súbito una legión de demonios, cual bandada de buitres carniceros, y, según voz y fama en dicha ciudad, lleváronse con infernal fiesta y algazara el infeliz cadáver de la hija, que no se ha visto más en adelante, si ya alguno no ha ba-

la horrenda vi-
sión por hipotipo-
sis de la estancia,

de la mujer di-
funta.

3.ª p. El cadá-
ver insepulto; por
distribución de lu-
gares, y alicios de
vergüenza,

Desemlace final;

jado á los infiernos, donde está ardiendo sin jamás consumirse en medio de las hogueras sempiternas.

¿Habéis visto, hermanos míos muy amados, si tuvo razón el Apóstol cuando dijo que el que profanare el templo de Dios, Dios le castigará: *Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus?* ¿Oh qué mano tan pesada tiene Dios, cuando quiere castigar, y cómo sabe dar el alcance al más astuto enemigo y menospreciador de su gloria! Y ¿no tememos, y no temblamos, miserables criaturas, como si solamente de nosotros no pudiera tomar venganza cuando y como plazca á su divina Majestad?

y aplicación a
pari por afectos

de temor y escar-
miento.

Arg. 12. Confr-
mación segunda.
En las iglesias
han de reposar
vuestrós huesos.
Luego debéis res-
petarlos: a dispo-
niti.

directamente por
autoridad.

Consecuencia y
ampliación por
conjetura proba-
ble, ad terran-
dam.

los dos sepulcros

conclusión.

XIII

Advertid, hermanos, que estos templos, donde ofendéis por ventura á nuestro Señor, han de ser vuestra casa y vivienda hasta la consumación de los siglos. Aquellos soberbios palacios en que ahora vivís, os albergan por un tiempo, y tiempo harto breve. Apenas hayáis muerto, los mismos hermanos, los deudos más cercanos, los parientes más amigos, os lanzarán fuera, para que no les inficionéis con vuestro mal olor. A la iglesia vendréis, por fin, á buscar descanso y paz. Los sepulcros de ellos, oído de boca del Salmista, serán su casa para siempre: *Sepulcra eorum, domus illorum in aeternum*¹. Y ¿qué descanso queréis que os dé aquí su Majestad, donde tan poco le honrasteis? ¿qué acogimiento? ¿qué paz ni qué reposo? ¡Ay desventurados!, que si visitásemos las sepulturas de muchos templos, creo en mi corazón, lo diré, mas que me duela, que más de una le encontraríamos vacía, merced á la licencia otorgada por Dios á los demonios de arrancar de allí sus cadáveres indignos y arrebatarlos consigo, trasladando sus mortales restos, ¡oh traslación funesta é irreparable!, á los infiernos más profundos, sepulcro anchísimo cavado por Dios en el centro de la tierra, pero sepulcro no de paz y de quietud, sino de inquietud, de desasosiego, de crujiir de dientes, de

¹ Ps. XLVIII. 12.

rabia y congoja perdurables: *In locum tormentorum*¹. ¿Quién habrá tan loco que se exponga á tanto riesgo?

Cristianos: mis razones enérgicas, mis palabras desnudas de los atavíos de la elocuencia, pueden no haber agradado á algunos de mis oyentes; harto lo conozco, y en verdad lo siento; mas torno á repetir que me perdonéis si no he podido complaceros. En este punto es menester, á imitación de Jesucristo, ardiente celador de la casa y honra de Dios, valerse del látigo, lastime á quien lastime. ¿Hay quien pretenda de mí que adule ó lisonjee sus desórdenes? Si el mundo está contaminado con vicios, ¿qué he de hacer sino reprenderlos en alta voz, ahora agrade, ahora deje de agradar? De otra suerte, ¡Dios mío!, ¿qué sería de mí en el tremendo y espantable juicio? ¡Oh qué horror! ¡qué congoja al comparecer en vuestra presencia! ¿No tendríais razón de darme en rostro con las reprensiones que dejé de hacer, por tener más cuenta con el contentamiento del mundo que no con el vuestro? *Vae mihi quia tacui*². ¡Ay de mí! ¡ay de mí! porque callé!, tendría que exclamar muy apenado, pero sin provecho, con el profeta Isaías, que fué demasiado tímido en reprender los vicios de su pueblo. No permitáis, Dios y Señor mío, que en ningún tiempo olvide vuestra causa por atender á los viles respetos de los hombres. Desde el primer día, abiertamente dije en vuestro acatamiento que no quiero aplausos, no pido vanas aclamaciones; sólo quiero y deseo agradaros á Vos, por los siglos de los siglos.

Precauciones ora-
torias. Defiende
su apostólica en-
teresa;

x) por el ejemplo
de J. C.

y) por los desór-
denes del mundo;

z) por el juicio de
Dios.

Deprecación de
temor y

protestación de
santo celo.

¹ Luc., XVI, 28. — ² Is., VI, 5.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO VEINTITRÉS

¡Con qué valentía esgrime SÉNTERI el látigo de su fogosa elocuencia contra los profanadores de las iglesias! Parece oír el chasquido del azote, con que arrojó el Señor á los que vendían y compraban en el templo. Inflamado ¡el pecho del orador y comido del celo de la casa de Dios, ve sobre sí la Majestad divina, en cuyo acatamiento tiemblan y se estremecen las potestades del cielo; delante de sí, las imágenes de los santos y la Santísima Eucaristía; debajo de sus pies, los sepulcros de los muertos, cuyas lápidas cubren el sagrado pavimento; en derredor, una apiñada muchedumbre, que se cobija bajo las bóvedas de majestuosa basílica; fuera de ella, una ciudad populosa, engolfada en intereses y negocios de mundo; fuera de la ciudad, granjas, huertas, montes, tierra, mar, todo contaminado con mil culpas: sólo queda la iglesia para expiar tantos crímenes. Y al contemplar que también en la iglesia es deshonrado Dios y desacatado su santo nombre, hierve el fuego del amor, estalla la indignación, y la comunica y pega á los que oyen. Esta es la sólida elocuencia, de que habla **Arias Montano** (Rhetor., Lib. II).

*occupa ipsum
Dicentem atque suo versat pro jure loquentem,
Et faciem et vultus fingit, vocemque sonoram
Temperat, ut morem in similem trahat usque theatrum.*

¿Y cómo arrastra á su auditorio á estos sentimientos de horror y abominación? Por medio de **dos armas** poderosísimas que le presta el arte de bien decir: llámanse en latín **dissuasio** y **dehortatio**. La primera combate el entendimiento; la segunda hiere el corazón. La primera enseña, y tiene más de argumentación; la segunda inflama, y tiene más de afecto. La primera muestra lo que no debemos hacer, la segunda nos retrae de ello, y casi nos coge de la mano y nos retira. La primera tiene más lugar en la confirmación; la segunda en la conclusión del discurso.

Dissuasio. Abraza desde el comienzo hasta el párrafo nono. El fin es disuadir esas irreverencias en el templo, á lo cual se introduce con un **exordio** naturalísimo, donde deja caer las semillas de la *dissuasio* y *dehortatio*. De aquella, cuando dice: «Delito atroz y desacato muy grande debe de ser, cuando el rey ó príncipe en persona determina hacer justicia por sí mismo y castigarlo con sus propias manos. Lanzó Dios...» De ésta, al exclamar desde la segunda mitad del exordio: «¡Oh qué pecado tan enorme! ¡qué intolerable desvergüenza! ¡que monstruosidad y malicia debe de traer consigo esta falta de respeto! ¿Qué será de ti, oh ciudad mía muy amada?...» Y por no lastimar á su auditorio, mezcla el rigor con la blandura, y, más que atajar y corregir escándalos presentes, parece que se encamina á prevenir los venideros.

Las mismas fuentes que nos suministran argumentos para persuadir, nos los dan abundantes para disuadir y desviar los ánimos. **Persuaden** y convidan la voluntad los tres géneros de bienes que ponen los filósofos: bien **honesto**, bien **útil**, bien **deleitante**, en que se cifran y casi concuerdan los demás que llaman los retóricos **honesto**, **útil**, **seguro**, **placentero**, **fácil**, **necesario** ó casi forzoso, á los cuales añaden el bien **loable**, cuando aquella virtud que se encarece granjea particular alabanza; tales como la magnanimidad, la magnificencia, la liberalidad, la fortaleza, la prudencia exquisita. **Disuade** y aparta todo lo contrario, á saber: lo **feo** ó **ignominioso**, lo **dañoso** y **perjudicial**, lo **perigroso**, lo ingrato y **desapacible**, lo **difícultoso** y muy arduo, y más lo que se aprende como **imposible**. He aquí las cabezas á que reduce SÉNTERI toda la argumentación contra los profanadores del templo:

Respecto de Dios, cometéis una **injuria muy fea** y abominable, por tres razones. La **primera**, porque, «no contentos con lo restante de la tierra que os ha otorgado Dios para vuestra utilidad y divertimento, os alzáis con el uso de esto poquito que para honra de su nombre ha reservado». (§ II.)

La **segunda** (y véase cómo se acrecienta el interés con la constante progresión), porque es imposible «que el sentimiento de esta injuria no crezca en el pecho de Dios, pero muy mucho, al verse pospuesto al mismo demonio en la veneración y estima de los hombres», pues tal acatamiento hacían los gentiles á los ídolos; que es harta confusión para los cristianos. (§ III.)

La **tercera**, porque muestran más su perversa voluntad, y lo que harán fuera del templo los que en él osan ofender á Dios. «Quien no sabe recogerse á orar un poco... donde

tantos le convidan con su fervor y compostura, ¿qué hará en su casa, donde tantos le distraen?... Si osa ofender á Dios donde otros le honran, ¿qué hará en donde los demás le ofenden? (§ IV.)

Respecto de vosotros mismos, son esas irreverencias en el templo muy **perniciosas**, porque os priváis por ellas del único asilo que os podría defender de la ira de Dios, del único y más seguro propiciatorio donde pedirle mercedes y recabar el perdón de vuestros pecados, que es la iglesia. Esta es «la verdadera causa de tantos desastres que hoy arruinan miserablemente vuestras ciudades más ricas: *Ultio Domini est, ultio templi sui*». (§ V.)

Son además **vergonzosas**, comparadas con el respeto de los antiguos cristianos. A fin de despertar este sentimiento de **confusión** y vergüenza,

a) Describe, primero en **general** y luego en **particular**, la veneration de nuestros padres y mayores, porque «sabían que las iglesias son principalmente para en ellas apagar con lágrimas la cólera divina, que por ventura en otras partes habian encendido con sus culpas». No hay cosa más eficaz para sacar los colores al rostro que la **comparación**, la cual adquiere tanta mayor fuerza cuanto los términos de ella mejor se corresponden. He aquí por qué trae ejemplos de príncipes, cuya reverencia en los templos hace campear más el desacato de los simples ciudadanos. (§ VI.)

b) Pinta, primero en **general** y después en **particular**, las **faltas** de respeto que hoy suelen cometerse, introduciéndose con aquel sentido apóstrofe: «No, católicos, lo digo con toda verdad, no exijo tanto de vosotros. Hase menoscabado la antigua piedad, se ha resfriado aquel tan crecido fervor en el pueblo cristiano...» (§ VII.)

c) **Hace hablar** á «aquellos santísimos varones y nobilísimos personajes» que, entrando en nuestros templos y viendo á personas tanto más humildes de condición y tan vanamente ataviadas, «Son éstos por ventura, exclaman, el traje y exterior de suplicantes? ¿así osan presentarse...? ¡Ah ciegos y malaventurados...!» Es artificio muy natural y de efecto maravilloso. (§ VII.)

d) Después de particularizar algunas de las intenciones torcidas, con que muchos vienen á la iglesia, **hace hablar al mismo Dios** indignado, y, arrojándonos en la cara el estéril de nuestras solemnidades, «Quedaos con ellas, no las quiero, pues me deshonráis con vuestras irreverencias...» (§ VII.)

Respecto de los demás, sois **crueles**, porque esos desacatos tienden á matar almas. «Y ¡pluguiese á Dios que muchos se contentasen con ir al templo por mero solaz y

curiosidad! Lo que más lastima... es que algunos van de propósito á perder sus propias almas y... á matar las almas de sus prójimos.» ¡Cómo crece el fuego de la persuasión oratoria con este encarecimiento, y con la insigne personificación de la honestidad, que huyendo de las calles y plazas se refugia en la iglesia, y la obliga, para mayor oprobio, á naufragar dentro del puerto! (§ VIII.)

Sube de punto este raciocinio cotejando el saqueo de Roma por los bárbaros con el saqueo de almas que algunos hacen dentro de las iglesias. Contiene dos partes: en la primera pone á la vista el furor godo quebrantándose, como las olas hinchadas, en los dinteles de los templos; en la segunda la liviandad de los malos cristianos, que en el mismo santuario enlazan y pierden á muchos incautos. Trábalas con aquella transición tan natural: «Siendo esto así, filosofemos, católicos, en esta forma. Si tanta es la reverencia debida á los templos del Señor, que un bárbaro tuvo remordimiento de herir ó hacer daño á los cuerpos de los allí refugiados, ¿cómo un cristiano no se avergonzará de herir en ellos y matar las almas?» (§ IX.)

Dehortatio. Ya están los entendimientos convencidos de que es un crimen detestable la irreverencia en las iglesias, crimen á **Dios injuriosísimo**, á los **autores de ella muy afrentoso y perjudicial**, y al **prójimo dañoso** por extremo, porque equivale á matanza y homicidio de almas. Ya el muro está cuarteado y el árbol removido en sus raíces; sólo falta un viento vehemente, cual es la gracia vencedora que se enviste en la elocuencia, y el muro enemigo vendrá á tierra, y el árbol descuajado caerá. Esto hace por maravillosa manera nuestro orador desde el párrafo décimo hasta la conclusión, excitando los afectos de **espanto y temor**, por medio de un discurso muy patético.

Exordio ex abrupto. Preparados los ánimos con la pintura de los ángeles que llenan la iglesia, y despertados con aquellos gritos: «¿No se irritarán? ¿No arderán en santo celo? ¿No se abrasarán en deseos de venganza?», se dirige más particularmente á la juventud liviana de uno y otro sexo, y prorrumpie en aquella exclamación: «¡Pluguiese á Dios que hubieras venido hoy á escuchar mis palabras, oh incauta juventud, que tan desvergonzadamente te presentas en los templos!...»; y le intima sin más preámbulo la terrible sentencia con la siguiente

Proposición. «Piensa por caridad, piensa unos instantes, ¡oh desventurada!, la horrible condenación que te espera. No te forjes la ilusión de que ha de quedar sin castigo tu desalmamiento, aunque Dios parece que disimula por ahora.» Y pasa luego á la

Confirmación, donde prueba que serán castigados, si no salen pronto de la iglesia:

- a) Porque Dios es Dios vengador.
- b) Porque los santos, testigos de tanta licencia, no los pueden sufrir.
- c) Porque el cielo arrojó á los que pecaron en él, y el paraíso terrenal á los que prevaricaron en sus verjeles.
- d) Porque, si no salís presto, puede venir un terremoto que desplome la techumbre sobre vuestras cabezas.
- e) Porque los muertos que aquí están enterrados aprueban mi invectiva, pues no se levantan á defensores. Mas ¡con cuánta viveza, calor y espíritu lo dice! (§ X.)

Tras de algunas cláusulas, que pertenecen á las **costumbres oratorias** y que pone discretamente al terminar la primera parte y al comenzar la segunda, torna á su tema de los castigos temporales y eternos de los profanadores de las iglesias; para lo cual se sirve de lo que aconteció á una desventurada mujer en la ciudad de Crotona. (§ XI y XII.)

Larga es y minuciosa esta relación, pero muy **natural** en la parte **narrativa**, **luminosa** en la **descriptiva**, **propia** en la pintura de los **caracteres**, **enérgica** y **bien graduada** en los **afectos** que va produciendo, que se encaminan finalmente á **aterrar** á los escandalosos con la viva representación del próximo castigo.

Por esta causa, termina amenazándolos con que sus cenizas no hallarán descanso en la iglesia, de donde por ventura las sacarán los demonios y las arrebatarán á los profundos infiernos. (§ XIII.) Cierra con él

Epílogo, que tiene por **fin indirecto** dar fuerza y corroborar lo que ha dicho; y **directo**, sincerarse de su dureza en el hablar con el ejemplo del Salvador, que echó con el látigo á los que deshonraban la casa de su Padre. La **deprecación** ó coloquio último con Dios nos descubre el **móvil secreto** de tanta valentía en combatir los vicios, que es un ánimo despreciador del mundo y superior á los juicios de los hombres, con que se nos presenta como trompeta del cielo y embajador del Verbo eterno. ¡Oh, si tuviera Cristo muchos embajadores de este espíritu y elocuencia, que hiciesen rostro á los profanadores de nuestras iglesias y á los poseedores injustos de sus bienes! ¡Con qué facilidad podría conservarse la **forma** de este discurso, cambiada la **materia**! ¡Y qué materia tan tristemente fecunda! ¡Qué comparación tiene con la de SÉNTERI? Vería, sin salir de nuestra España ni pasar de este siglo, templos sin número derribados y quemados, ó convertidos en almacenes ó caballerizas. Vería tantos monasterios saqueados y asolados, ó convertidos en teatros y cuarteles. Vería tantos sagrados or-

namientos y cálices robados, ultrajados y hollados con increíble desacato, escarnio y vilipendio. Vería tantas imágenes y cruces y crucifijos, y lienzos muy devotos de la Bienaventurada Virgen María, ó profanados ó despedazados. Vería las santas reliquias que descansaban en las iglesias, disipadas y derramadas al viento con furia infernal. Vería, no sólo á los muertos vilipendiados, sino á tantos religiosos y sacerdotes vivos que han sido atormentados, baldonados y finalmente degollados y hechos cuartos, porque no adoraban en las modernas libertades. **Hallada** esta materia, ¡cuán sin dificultad se podría **disponer** y demostrar que estos profanadores han sido **respecto de Dios** y de la Iglesia santa **injuriosísimos**; **respecto de los fieles**, **escandalosísimos**; y que se han cubierto de **ignominia** y han acreado sobre España toda la ira de Dios. Si quisiera traer ejemplos del fin desastroso de esos sacrílegos profanadores de la Iglesia, ó injustos detentores de sus bienes, no una ciudad como Crotona, sino todos los pueblos de la península, se los contarían muy terribles, con que podría, como SÉNTERI, causar **espanto** y **terror** de los juicios divinos, freno el más poderoso y único para detener en su fatal carrera á los que desoyen las blandas voces del amor.

